

G

4760

2

LOS

AMORES DE DON TADEO.

TRADUCIDA PARA EL FOLLETIN DE LAS NOVEDADES

POR

E. G. de A.



Ateneo de Madrid
LEGADO DE LA FUENTE

MADRID.—1869.

IMPRESA DE LAS NOVEDADES
SALON DEL PRADO, NÚMERO 8.

ALPHABETICALLY BY NAME

OF THE

MEMBERS

OF THE

LOS AMORES DE DON TADEO.

Era una reunion animadísima; reunion de artistas que, con su sempiterna algazara, habian recorrido todas las escalas del diapason de las extravagancias. La discusion giraba sobre... ¡el amor! Excusado es decir que se divagó por todos los espacios imaginables.

Cada cual habia por su parte referido la historia fantástica ó verdadera de su corazon, y hubo revelaciones capaces de hacer reir á un capuchino y de ruborizar á un veterano.

Uno de los concurrentes no habia desplegado los labios y se mantenía en una reserva que no quiero interpretar por temor de disminuir el interes de lo que voy á referir. Este personaje, que imitaba el *prudente silencio* de Conrado, se llamaba D. Tadeo.

Don Tadeo, agente de la compañía de seguros titulada *La Salamandra de las familias*, sólo tenia treinta y tres años, y sin embargo representaba cuando ménos cuarenta y dos. Su físico nada revelaba; en cambio en lo moral era el tipo del hombre de quien se dice que tiene mala estrella. Esto explica la presencia de D. Tadeo en un círculo compuesto

exclusivamente de artistas, gente alegre y que le habian admitido en su compañía para divertirse gratuitamente á su costa.

La conversacion se habia agotado; nadie pedia ya la palabra, y el agente de seguros permanecia en su obstinado silencio. Esto llamó la atencion de la *sociedad*, y de repente se levanta un clamor general diciendo:

—¡Don Tadeo no ha dicho nada! ¡Don Tadeo sepulta en su pecho secretos que no nos quiere revelar! ¡Sobre la mesa, D. Tadeo!... ¡Nuevo D. Juan, danos cuenta, no sólo de tus hechos, sino hasta de tus gestos desde tu más tierna juventud!...

—¡Señores! balbuceó la víctima.

La gritería no le dejó concluir la frase.

—No valen excusas; D. Tadeo hablará. Si se obstina en no confesar se le tiende en el potro... Se le aplica el tormento de los líquidos, haciéndole beber ponche hasta que recobre el uso de la palabra... D. Tadeo tiene cara de haber padecido mucho; queremos reconocer la profundidad de las heridas de su alma.

—Caballeros, dijo el atribulado agente,

si me haceis beber hasta el punto de marearme, se me trabará la lengua y no conseguireis vuestro objeto.

—¡Bravo! ¡Tu lógica es contundente! ¡Te comprendemos! ¡Te sobra razón!

—Respecto á mis heridas, replicó el orador, el que acaba de pronunciar esta palabra no se equivoca... ¡He padecido mucho!

Diez y siete pechos exclamaron á la vez un sollozo general, con cuyo eco se estremecieron las bóvedas del estudio: no se oían más que lamentos y gemidos, ansias y suspiros; observábase al propio tiempo señales de desesperación, y se vieron muchos pañuelos llevados con mano trémula á los ojos para enjugar el llanto de los artistas.

—¡Jí, jí, jí!... ¡D. Tadeo, Tadeito, no nos destroces el alma!... Si continúas así nos descuajamos todos... ¡Ah! ¡Qué dolor!

—Puesto que os burlais de mí, renuncio á la palabra, dijo altamente ofendido el orador.

—¿Cómo renunciar? exclamó el dueño de la casa. Encargo la mayor compostura á la reunión. Hasta hoy no hemos disfrutado de un placer como el que nos proporcionará la autopsia del corazón de nuestro amigo. Mantengámonos todos á la altura de las circunstancias y oigamos con atención y recogimiento las dulces palabras que van á fluir á rios de esos labios de coral. Si alguno altera el orden no tomará *Bischooff*.

Esta amenaza produjo sobre todos tan gran efecto, que el orden se restableció como por encanto. Envuelto en una nube de humo, producido por quince *caraceros* que ardían á la vez, dió D. Tadeo comienzo á su discurso en estos términos:

Primer amor.—Comedia.

—Señores, no soy elocuente ni poseo, como el honorable Tito Livio, el don de disertar sobre la historia, y ni siquiera

tengo la pretension de ser un novelista del calibre de sir Walter Scott.

—Esa frase no pasa de ser un plagio de saltimbanquis, gritó uno.

—Ménos erudicion y más sentimientos es lo que queremos, dijo otro.

—Caballeros, dijo en tono de reconvenccion el dueño de la casa. Osruego D. Tadeo que no os detengais...

—Acabo de confesar mi incompetencia literaria; pero á falta de mejores títulos, espero hacerme digno de vuestra indulgencia por la veracidad de mi relato.

Tenia veinte y dos años y aún no conocia el amor; no obstante, el verbo *amar* se rebullia dentro de mi cerebro á todas las horas del dia.

¿Con quién le debia conjugar?

Sobre este punto ya tenia formada mi composicion de lugar... Quería... ¿Os vais á reír?

—Nó, nó, nó.

—Deseaba ser amado por mí y tan sólo por mí, y sobre todo por la felicidad que de esto deberia resultar á la persona de quien me dejara yo amar, porque lo exiguo de mi presupuesto no me permitia ver las cosas de otra manera. Quería inspirar una especie de cariño que, al paso que no coartara mi libertad, no fuera tampoco para mí un germen de cuidados y disgustos; sobre todo habia hecho firme resolucion de permanecer soltero.

En tal estado fui á dar con la primera mujer que hizo palpar mi corazón.

El sueño dorado de mi juventud habia sido la posesion de una viuda jóven y apasionada: un par de escursiones al teatro bastaron para sembrar esta idea en mi mente, idea que la reflexion no tardó en hacer germinar.

Una viuda, señores, es el *Non plus ultra* de la independenciam, porque no trae consigo cosa capaz de molestar ó entorpecer nuestra dicha. ¡Oh paraíso de los enamorados! Sobre este tema ha publicado Mr. Scribe unos versos que yo tarareaba de continuo.

Considerad cuál sería mi gozo cuando supe que la mujer que desde el paraíso del teatro me había fascinado á vista de pájaro con sus innumerables atractivos, reunía la ventaja de ser viuda! Sobre todo, parecía haber sido creada para mí, pues gozaba de una renta bastante para ponerla al abrigo de la prosaica necesidad de pedir dinero. ¡Ah! ¡Cupido, Cupido!

Dispensadme, señores, si mi voz se altera y tiembla con el recuerdo de aquellos días abultados de esperanzas; si os hallárais en igual caso os había de acontecer otro tanto que á mí.

—Deja á tu voz temblar, buen Tadeo, hasta que pierdas los estribos, dijeron todos en coro.

—Gracias, amigos; vuestra indulgencia me da alientos para continuar hablando.

Omitiré detalles y preliminares, porque no ignorais que el as dio de una plaza cualquiera en nada se diferencia de todas las demas. Mis primeros pasos fueron, poco más ó ménos, los que da todo aquel que emprende una conquista, y al cabo de un mes. Adelaida, que era el nombre de la viuda, me autorizó á visitarla. Este fué un gran paso; presentéme resuelto en su casa á hacerla una declaración heróica.

—Adelaida...

No me dejó continuar, y me interrumpió para decirme:

—¡Oh! ¡Es muy singular! ¡Acabais de hacer un movimiento... en el que me parecía estar viendo á mi pobre difunto!...

La evocacion de los manes venerables del finado esposo me produjo el mismo efecto, lo confieso, que si me hubieran aplicado un chorro de agua fria en la nuca. Mucho me costó el serenarme... pero me serené y continuó:

—Si lo hubiérais sabido no lo hubiérais hecho...

—¡Os amo, Adelaida!

—¿De veras?

—¿Podeis dudarle?

—Será bueno que sepais, amigo mio, que he sido muy mimada; ¡si supiérais cómo me mimaba mi Carlos!

¡Carlos! ¡Era él, mi antecesor! No pude contenerme é hice un gesto extravagante.

—Adelaida, la dije, os amaré hasta la muerte.

—Mirad, amigo mio; cuando me decís esas cosas creo que le estoy oyendo, sólo que su voz era más dulce; además, vuestros ojos son azules; los suyos eran negros: ¡así, así es como me gustan á mí!

Faltándome las fuerzas para disimular mi rabia, me senté al piano.

—¡Calla, con que sois músico! ¡También lo era Carlos! Tocaba el contrabajo, instrumento ménos vulgar que el piano... ¡Si le hubiérais oído cuando cantaba la Atala, con variaciones que hacían llorar á las piedras!

La sangre me hervía á borbotones y el corazón me daba brinco como si fuera un cabrito. Era preciso tomar un partido, ó alguna otra cosa, y tomé el sombrero.

—¡Ay! ¡Ay! ¡También gastais sombrero de castor! Carlos nunca quiso usarlo; decía que era muy *cursi*, y tenía razón.

Marchéme fuera de mí, pero volví á la carga al día siguiente, impelido por una pasión estúpida.

—¡Ah señores! Siguió el tormento, y después de un ensayo tan aciago, no me han quedado ganas de seguir cultivando la viña de las viudas. Lo juro: á mí más encarnizado enemigo no le deseo que pase las penas que pasé yo.

Aquello era un suplicio continuo. Apenas me veía entrar me decía:

—¿Teneis un chaleco de cuadros? También á Carlos le gustaban las telas á cuadros.

Si la ofrecía flores:

—¿Un ramillete olorífero? Los olores me dan jaqueca, y como mi Carlos no lo ignoraba, se habría guardado muy bien de hacerme semejante obsequio.

La regalaba una cadena de oro:

—Otra igual á esta me dió Carlos, sólo

ue tenía el broche con una cifra de perlas.

La llevaba al campo:

—Un verano estuvimos en este mismo sitio Carlos y yo; nos sentamos en este banco. ¡Pobrecito mio! A cada momento me lo traeis á la memoria...

—De manera, señores, que me hallaba transformado en la sombra, en el *memento* de un otro que no era yo.

—Entendámonos siquiera una vez, la dije una mañana; quiero á toda costa borrar de vuestra imaginacion ese eterno recuerdo. Soy extremadamente infeliz... El jefe de mi oficina (entónces era yo empleado) me ha concedido una licencia para pasar algun tiempo fuera de Paris. ¿Habeis estado en Alemania?

—Nó.

—¿Habeis ido con *él* alguna vez por ese camino?

—Jamás.

—Vamos, pues, á ir juntos; otro dia os dire á dónde.

La semana siguiente el tren nos llevó á Baden. Estaba loco de alegría creyendo que al fin iba á verme libre de aquella perpetua comparacion, de aquella eterna y lúgubre reminiscencia.

Al pisar el primer escalon de la fonda, Adelaida, que estaba pensativa, dejó escapar una exclamacion.

—¡Ah! ¡Dios mio!... No hay duda... ¡Gracias, amigo mio! ¡Con que lo sabias? ¡Cuán delicado y cuán fino te muestras conmigo!

—¿Por qué?

—¿Por qué finjés no comprenderme?... Esta fonda es la misma donde vi por primera vez á mi Carlos... ¡Oh! ¡Soy muy dichosa!...

—¡Rayos y centellas!... ¡Truenos y relámpagos!... Te juro que no lo he hecho á sabiendas; esto es un abuso de confianza: ¿no me aseguraste no haber estado nunca en Baden?

—Tú no me hablaste de Baden, sino de Alemania.

De lo cual deduje que si la tal viuda

tenia buena memoria para recordar los tiempos de su buen Carlos, no sabia una jota de geografía.

Plantéme de un salto en la estacion, y al dia siguiente me apeé solito en Paris.

No la he vuelto á ver más. Ya sabeis, señores, el fin de mi amor número uno. ¡Oh! ¡Id á fiaros de las viuditas!

Esta relacion fué acogida con una carcajada homérica. D. Tadeo, que se habia ido creciendo por grados, se enjugó el sudor de su frente con mano calenturienta.

—Un vaso de ponche al paladin de las viudas, dijeron los artistas. Tadeo, brindamos á la memoria de tu amigo Carlos.

—Caballeros, fuera de chanzas; si continuais así la bebida me impedirá continuar; si quereis que siga no agoteis mis fuerzas.

—¿No lo hemos de querer cuando por lo florido de tu discurso te has elevado al nivel de Monte-Cristo?

Don Tadeo, adulado á su pesar, prosiguió de esta manera:

Segundo amor.—Zarzuela.

Empalagado hasta la saciedad me dejó la tal viudita, y sin embargo no escarmenté por eso, puesto que no me curé de mi inclinacion por los amores independientes.

En uno de los pisos de la casa que yo habitaba vivia una señora ó señorita jóven.

Siempre salia sola, y volvía á entrar lo mismo. ¿Dónde pasaba el dia? Resolví averiguarlo valiéndome de la portera.

¡Oh fénix de los fénix! ¡Era huérfana de padre y madre; no tenia familia que la vigilara, ni lazos que la sujetaran! ¡Libre como la gacela! ¡Libre, libre del todo!

Es decir, distingo.

Era libre porque no tenia parientes; pero como en este pícaro mundo hay que hacer frente á las inexorables necesidades de la vida, se habia visto obligada á ejercer las funciones de señora ó

señorita de mostrador, de *limonera* en un elegante café cuyas señas, mediante cierta gratificación, medió la portera de mi casa, juntamente con algunos detalles que he tenido el honor de referiros.

Sin duda habreis adivinado, señores, que fui volando á instalarme en el referido café. No me habian engañado, pues al entrar me la encontré allí hermosa, franca y divina, sentada tras el mostrador como una reina en su trono.

Era tal mi éxtasis al contemplarla, que no me acordaba de mí mismo.

La voz del mozo me hizo volver en mí al preguntarme.

—¿Qué ha de ser, señorito?

—Lo que quieras; cerveza.

En esta sesion preliminar consumí siete botellas; creo que fué bastante para servir de preludio.

La dirigí dos ó tres palabras y se sonrió.

¡Ah! se sonrió. No es fácil que comprendais la dulzura de la palabra *sonrisa* tratándose de la que se ama.

Como ella se sonreia, yo debia hacer gasto. ¿No era, pues, un deber el ir bebiendo al compas de su sonrisa? Haciendo gasto evitaba la vigilancia del dueño del café si este se hubiera apercebido de nuestras miradas, por las que hubiera podido reconvenirla y quizá haberla despedido.

Este temor me hizo estremecer.

¡Oh, nó! dije para mis adentros; no quiero que por mí tenga el menor disgusto. Disimularé, tendré bastante calma para ocultar mi pasion. Esto nada cuesta.

La última parte de mi monólogo no pasa de ser una metáfora, porque en los cafés todo cuesta dinero.

Como llevo dicho, empecé mi carrera con la cerveza; sin embargo, no debia entregarme enteramente al uso de esta bebida setentrional, porque no se acomodaba con las pasiones meridionales que fermentaban en mi pecho.

Corrí toda la escala: del café pasé al

groom, del groom al ponche, del ponche al coñac, y de este al ajeno.

Empecé á beber por necesidad; seguí haciéndolo por aficion... y acabé por saturarme con alcohol.

Si estos excesos sólo hubieran arruinado mi salud, pase; pero mi sueldo mezquino no daba para soportar aquellos gastos. Necesité pedir dinero á réditos, y la pobrecita me lo buscó. ¡Angel mio! Lo hizo para poderme tener á la vista más á menudo.

Cuando no se sale del café en todo el dia es preciso pasar el tiempo en algo. Si hubiese dado oidos á mi corazon, habria pasado todas las horas del dia contemplando á mi Dulcinea; pero la prudencia me aconsejaba otra cosa... Jugué.

Naipes, dominó, ajedrez, billar... Jugué á todos los juegos; probé, y en todos perdí; quise desquitarme y seguí perdiendo... siempre perdiendo.

Elisa, graciosa y tranquila en el mostrador, estaba ajena de la tempestad que rugía á sus piés. A lo ménos así lo creia yo, cuando de repente vino un cataclismo á turbar mi ventura.

Os he puesto ya al corriente de mis recursos financieros: estos se reducian al sueldo de 6.000 rs. anuales en una de las oficinas del Estado, pero con mi pasion se me olvidó que era empleado del gobierno; sin embargo, el dia del cobro nunca falté á mi puesto.

Una mañana me presenté á cobrar y firmar la nómina, y el habilitado me dijo:

—Mi querido D. Tadeo, mucho lo siento, pero esta es la última paga que tendré el gusto de entregaros.

—¿Cómo?... ¿Pasais á otra dependencia?

—Nó, no eso; es que el señor director os ha destituido por falta de asistencia, y porque sabe que vuestra conducta no tiene nada de regular. Dice que en vez de venir á cumplir con vuestro deber pasais el dia y la noche jugando y bebiendo en cierto cafetin.

Ignoro el efecto que causaria un tejazó

entre oreja y oreja; pero puedo decir que las palabras del buen cajero me dejaron petrificado, y me hicieron un efecto que debería parecerse al de la teja.

Comprendí la ingrátitud de los gobiernos, que tan sin razón separan á un empleado digno y adicto, y me escandalicé de la ignorancia del director, que confundía los efectos de una pasión pura y vehemente con una falta de servicio.

Para no sucumbir bajo el peso de un golpe tan inesperado, necesitaba consuelos que ella, mi Elisa, tan sólo podía darme.

Vuelvo al café, teatro de mis continuas contemplaciones, donde tantas veces había admirado sus gracias; llego y no había nadie; hasta el mostrador estaba desierto, pero la voz de la señora de mis sentidos resonaba en la pieza inmediata hablando con el dueño, que la decía:

—No menudeéis tanto las sonrisas con el bueno de D. Tadeo, porque su gasto ha bajado unos ciento treinta reales este mes. ¡Diantre! ¡Os doy un cinco por ciento del importe de su consuno para que me conserveis tan buen parroquiano y no estais contenta!...

Estas palabras cayeron sobre mi corazón como una plancha de plomo.

Exhalé un profundo suspiro, y salí corriendo de aquel infierno.

Había perdido mi empleo y adquirido una gastritis á fuerza de beber licores; y lo peor de todo fué que me embargaron y vendieron los muebles para pagar á mis acreedores.

Desesperado, no me quedó otro consuelo que renegar de las niñas de mostrador.

Nuevas y estrepitosas carcajadas saludaron al orador. A medida que D. Tadeo contaba su historia, su lenguaje se acercaba á la epopeya.

La voz le iba faltando, y para entonarse se bebió dos vasos de ponche, uno tras otro, y satisfecho al conocer la curiosidad del fin de la narración, dió principio á la parte tercera de sus amores.

Tercer amor.—Drama.

Hasta aquí, señores, mi historia participa de la comedia y de la zarzuela.

Vamos á entrar de lleno en el drama. Al recordar la escena en que... Pero no conviene anticipar comentarios intempestivos... Oid y juzgad.

Como me fué tan mal con la viuda independiente y con la soltera libre, necesité una tregua de dos años para repormerme y moralizarme: pasado este tiempo lució en mi cielo un nuevo rayo de esperanza, consiguiendo la plaza de agente de la compañía de seguros titulada *La Salamandra de las familias*. Con esto quedó resuelto el problema de la vida, y ya no me aguijoneaba la necesidad de pedir el *pan nuestro de cada día*. Libre, pues, de aquel cuidado, las aspiraciones sentimentales renacieron en mi pecho con redoblada furia. Como acontece siempre, la casualidad se hizo cargo de darles dirección.

A causa de los referidos contratiempos y disgustos me había mudado de casa, y así pude alejarme del teatro de mis infortunios perdiendo de vista todo aquello que me recordaba los tiempos y *perances* pasados.

Llegado á mi nuevo barrio, elegí en él un peluquero. Este peluquero estaba casado con una morena vivaracha, de dientes los más preciosos del mundo, y con un talle encantador: no digo más. Si quereis tener su retrato, prestadle cada uno de vosotros la gracia que más os haya embelesado en la mujer que hayais querido.

La primera vez que me corté el pelo en aquella peluquería me enamoré como un loco.

Mientras que el artista se lucía alfombrando el suelo de su gabinete con los ensortijados bucles de mi blonda cabellera, yo contemplaba á su mujer, cuya imagen se reflejaba en el espejo que tenía delante. ¡Qué delirio! El más insignifi-

Cante de sus movimientos llevaba impresa la huella de una gracia encantadora.

Al encontrarse nuestros ojos por primera vez me estremecí como un azogado; quedé petrificado, inmóvil, fascinado.

—¿Está bastante corto? me preguntó el peluquero.

—¿Bastante corto el qué?

—El cabello.

Entusiasmado, sin saber lo que por mí pasaba, esta pregunta me sacó de mi letargo. Sí, respondía; sí: todo se había concluido para mí, pues la *vision* iba á desaparecer.

—Nó... le contesté.

Las tijeras del peluquero continuaron funcionando, y yo seguí mi dulce contemplacion en el espejo.

—¿Está bastante corto? repitió.

—Nó.

Mi adoracion muda iba adelante.

—¿Está bastante corto?

—Nó.

A 1^a quinta pregunta el peluquero exclamó soltando las tijeras.

—¿Por vida de!... caballero, teneis la cabeza lisa y moronda; ¿qué quereis que os corte ya!

—¿Lisa y moronda? dije lleno de sobresalto.

Desgraciadamente era verdad. Embebido exclusivamente en mi contemplacion, no me acordé de que las tijeras alevés marchaban sobre mi cabeza, recorriéndola en todos sentidos; me miré al espejo, y al verme tan rapado no me conocí. Estaba horrorosamente feo; pero en cambio la habia estado contemplando á mis anchas... me habia enamorado de una criatura hechicera.

Por ella me sentia capaz de todo... pero el marido me fastidiaba. En mi da he visto facha más rara; cejas erizadas como las cerdas de un jabalí, rostro atezado, mal genio, boca torcida y la voz seca y ronca.

Añádase á lo dicho que tenia la maldita manía de contar á los parroquianos

sus cinco años de guerra en las campañas de Crimea y de Italia.

No importa; yo no podia dominar mi pasion fogosa. Retroceder cuando parecia que ella me alentaba habria sido una conducta indigna de un caballero enamorado.

Para no inspirar recelos al marido me veia obligado á inventar pretextos á fin de poder menudear las visitas; y, si he de decir la verdad, esta tarea era harto costosa para mí.

Iba siempre tan cargado de esencias y cosméticos, que por do quiera que pasaba derramaba un olor como si me hubiera trasformado es una perfumería ambulante; siempre llevaba encima muestras de cuanto se vendia en la tienda de mi peluquero.

No bastaba el comprarle de todo; era preciso hacer uso de ello, porque con el olor de tan distintos aromas disipaba las sospechas que mi presencia podia despertar en el alma de aquel Otelo.

Me hacia afeitarse dos veces al dia, y con frecuencia tres, bajo pretexto de tener que asistir á un baile ó á una *soirée*. Tentado estuve por untarme la cabeza con atarquina para quedarme completamente calvo; con esto habria mandado hacer una peluca, alargando por este medio dos horas mi *toilette* diaria. Pero me contuve por temor de parecer demasiado feo al ángel de mis amores.

Sobre todo no veia la necesidad de tan costosa estratagema cuando estaba casi seguro de reinar en su corazon.

Una noche al dirigirme á su casa para afeitarme por tercera vez me encontré con ella al volver la esquina.

—¡Cielos! ¿Sois vos?

—¿Vos?

—Querida Ursula, ¿dónde vais?

—Silencio: si nos viera mi marido... Me manda á casa del fabricante de bandolina, pues estamos sin una gota en el almacén.

—Permitid que os acompañe... ¡Tomaremos un carruaje!

—De ninguna manera, caballero. ¿Qué os habeis figurado?

—Entonces aceptad mi brazo...

Después de muchos esfuerzos logré al fin que se determinara á tomarlo; estaba lloviendo, pero no lo noté; lo único que me ocupaba era el suave temblor de su brazo, que descansaba en el mio, y sólo oía su voz, que por lo bajo respondía á la mía.

Habria entonces desafiado á uno de aquellos copiosos aguaceros que arrastran tras de sí las baldosas y los adoquines. ¡Horas venturosas! ¿Por qué no habiais de ser eternas?

Fué preciso separarnos.

A la mañana siguiente amanecí con un fuerte dolor de riñones, efecto sin duda de lo mojado de la víspera. ¡Ah! ¡Yo me someteria gustoso á mayores penas con tal de volver á gozar de un rato tan delicioso como aquel!

Considerad cuál seria mi ansiedad por volver á verla, que á pesar de mi reumatismo me vestí con toda prisa y eché á correr hácia la peluquería.

—No quiera Dios que se ruborice al verme: ¡es tan difícil ocultar el amor! me decia yo por el camino.

No tuvo necesidad de ocultar nada, porque no estaba en su casa cuando yo llegué. El marido se hallaba en la trastienda; se me figuró que estaba más sombrío, de peor gesto y más arisco que de costumbre.

Tuve así... como un poco de miedo; pero presumí que aquel temor podría descubrir las borrascas de mi corazón, y creí en la conveniencia de aparentar una calma que estaba muy léjos de gozar, y sin hablar una palabra tomé asiento en un sillón.

—Afeitarse ¿eh? me preguntó con voz siniestra,

—Sí: afeitarme.

Me enjabonó sin abrir los labios; abrió la navaja con un temblor convulsivo, y empezó la operacion.

Repentinamente, y sin dejar de pasar

el acero por mis mejillas, me preguntó con tono agitado:

—Si vuestra esposa os engañase, ¿qué hariais con su amante?

—¿Qué haria? Pero... si yo soy soltero... y...

—No se trata de eso; contestad.

—¡Diablo! á veces nos figuramos...

—No me figuro. He visto.

—¿Habeis visto?... exclamé con un temblor irremediable.

—No os meneeis, gritó con voz sepulcral; no os movais... Sí; he visto... á mi mujer... anoche...

—¡Vos, vos... vos... vos!

Las palabras se me pegaban al paladar.

—Os engañais.

—¡La vi como os estoy viendo... con el seductor... ambos del brazo! Vuelvo á preguntaros: ¿qué es lo que debo hacer?

Un sudor frio inundaba mi frente; veia el arma terrible brillar en su mano...

—¿No es cierto que la venganza es para mí un derecho sagrado? continuó; pero ¡por vida de Satanás, no os movais! ¿No haré bien el dia que venga á sobornarla, al presentar el cuello para que le afeite, en usar de ese derecho? porque habeis de saber que es un parroquiano como vos.

El temor embargaba mis sentidos,

—¿No es verdad, prosiguió Otelo, que haré muy bien cuando le tenga... así, como os tengo á vos ahora... cuando le pase la navaja por la garganta, así, del mismo modo que os la estoy pasando á vos?... Pero por Barrabás, no os movais. ¿No es verdad que haré bien en mirarle al blanco de los ojos?

Mientras decia esto los suyos centelleaban.

Y apretándome de tal manera el brazo con su mano gigantesca, que me hacia ver las estrellas, continuó diciendo:

—Entonces le gritaria: ¡Miserable, te he encontrado con mi mujer; tú, tú eres

su amante, miserable; voy á cortarte el pescuezo!

Al llegar aquí ya no pude más, y perdí la cabeza. Se me figuraba ver el arma homicida sobre mi garganta y la sentía penetrar en mis carnes.

Hice un esfuerzo sobrehumano: de un empujón arrojé á Otelo lejos de mí, y de un brinco me puse en la puerta de la calle; y con la cara llena de jabón, á medio afeitar, con la tohalla puesta, eché á correr por la acera de enfrente, atropellando á los transeuntes, y así seguí no sé cuánto tiempo, hasta que rendido con aquella carrera precipitada caí cuan largo soy sobre el poste de una esquina.

.....
Al día siguiente supe que era un sargento de húsares á quien había encontrado el Otelo peluquero con su mujer.

En vez de amenaza, el lance que acabáis de oír sólo fué una confianza que tuvo conmigo el barbero para desahogar su justo furor. Todos mis temores eran infundados: Ursula engañaba á los dos, á los dos á un tiempo.

¡Ah! tuve también que renegar del amor de las casadas.

Cuarta parte.—Trajedia.

La última exclamación de Tadeo le valió una tempestad de aplausos.

Querían pasearle en triunfo.

Sin embargo, uno de los oyentes, que se había dejado llevar por el entusiasmo general, interpeló así al orador:

—Tadeo, hallo en tu discurso un no sé qué de tenebroso. Renuncias á las viudas, solteras y casadas; ¿y entonces?

—Entonces quiere decir que renuncio al amor, replicó con gravedad cómica D. Tadeo.

—Eso no puede ser.

—He dicho que renuncio al amor, y la prueba es....

—¿Qué?

—Que me caso dentro de ocho días.

—*¡De profundis!* exclamaron en coro los artistas. ¡Desdichado! has concluido en la trajedia.

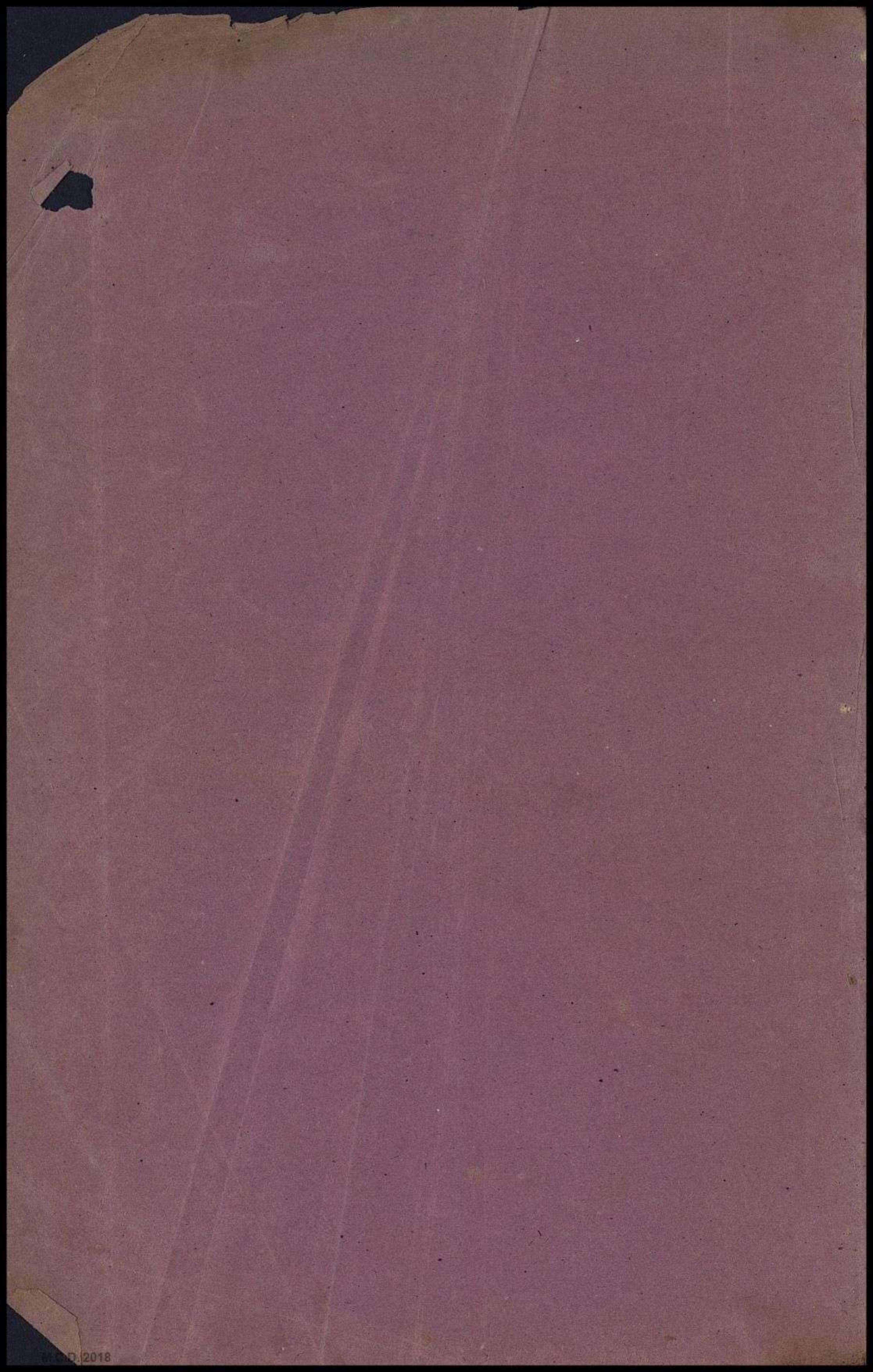
FIN.

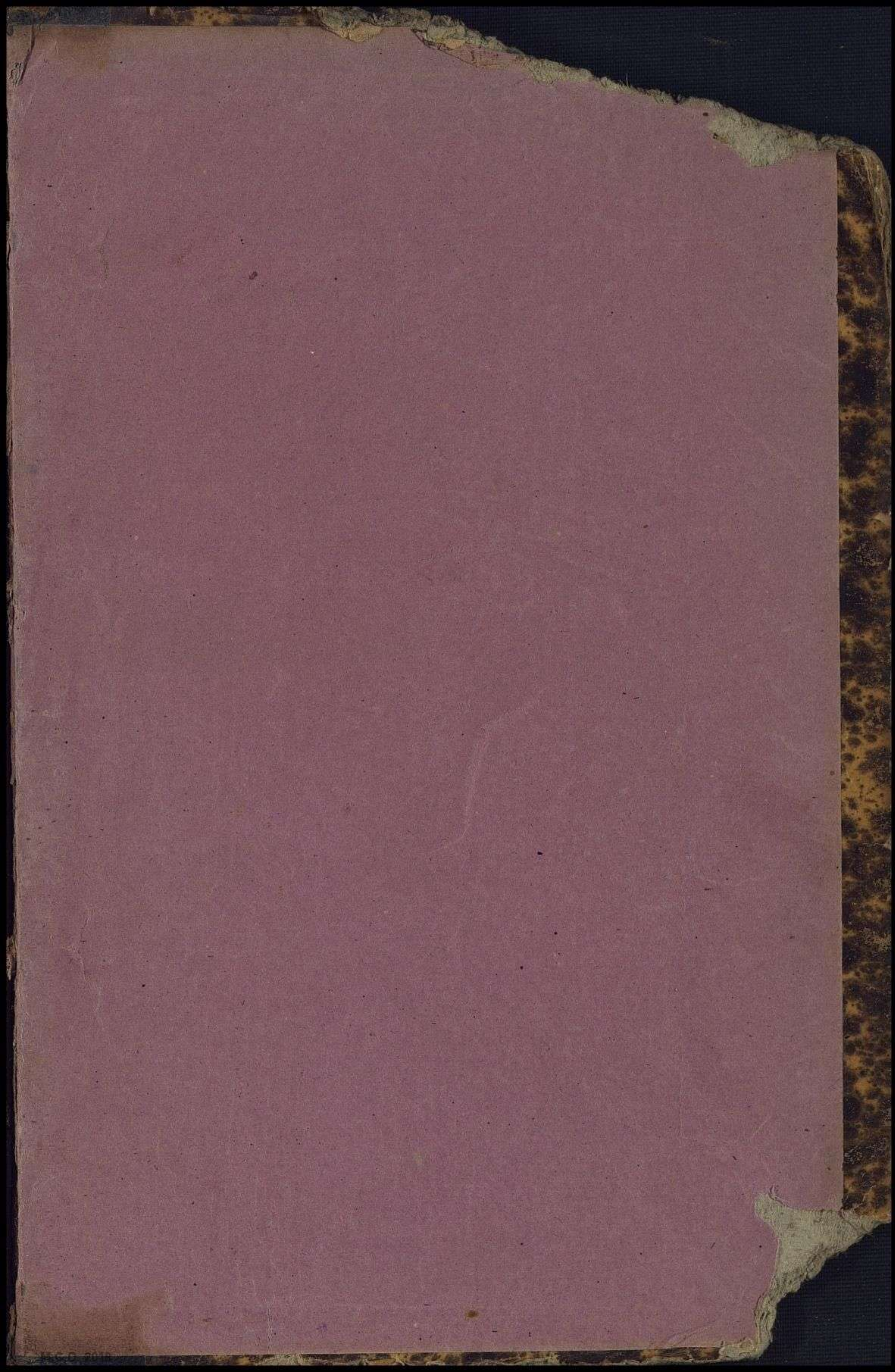
11

El amor es una fuerza que nos impulsa a amar y a ser amados. Es una necesidad del alma que no puede ser satisfecho por los bienes materiales. El amor es una luz que ilumina el camino y una fuerza que nos da la capacidad de amar a los demás. El amor es una virtud que nos hace mejores personas y una fuerza que nos da la capacidad de superar las dificultades de la vida. El amor es una fuerza que nos impulsa a buscar la felicidad y a ser felices. El amor es una fuerza que nos impulsa a ser mejores personas y a ser felices.

Algunos dicen que el amor es una fuerza que nos impulsa a amar y a ser amados. Otros dicen que el amor es una fuerza que nos impulsa a ser mejores personas. Pero todos están en lo cierto. El amor es una fuerza que nos impulsa a amar y a ser amados, a ser mejores personas y a ser felices. El amor es una fuerza que nos impulsa a buscar la felicidad y a ser felices. El amor es una fuerza que nos impulsa a ser mejores personas y a ser felices.

El amor es una fuerza que nos impulsa a amar y a ser amados. Es una necesidad del alma que no puede ser satisfecho por los bienes materiales. El amor es una luz que ilumina el camino y una fuerza que nos da la capacidad de amar a los demás. El amor es una virtud que nos hace mejores personas y una fuerza que nos da la capacidad de superar las dificultades de la vida. El amor es una fuerza que nos impulsa a buscar la felicidad y a ser felices. El amor es una fuerza que nos impulsa a ser mejores personas y a ser felices.









VARIAS
NOVELAS



G
4760



ue tenía el broche con una cifra de perlas.

La llevaba al campo:

—Un verano estuvimos en este mismo sitio Carlos y yo; nos sentamos en este banco. ¡Pobrecito mio! A cada momento me lo traeis á la memoria...

—De manera, señores, que me hallaba trasformado en la sombra, en el momento de un otro que no era yo.

—Entendámonos siquiera una vez, la dije una mañana; quiero á toda costa borrar de vuestra imaginacion ese eterno recuerdo. Soy extremadamente infeliz... El jefe de mi oficina (entónces era yo empleado) me ha concedido una licencia para pasar algun tiempo fuera de Paris. ¿Habeis estado en Alemania?

—Nó.

—¿Habeis ido con él alguna vez por ese camino?

—Jamás.

—Vamos, pues, á ir juntos; otro dia os dire á dónde.

La semana siguiente el tren nos llevó á Baden. Estaba loco de alegría creyendo que al fin iba á verme libre de aquella perpetua comparacion, de aquella eterna y lúgubre reminiscencia.

Al pisar el primer escalon de la fonda, Adelaida, que estaba pensativa, dejó escapar una exclamacion.

—¡Ah! ¡Dios mio!... No hay duda... ¡Gracias, amigo mio! ¿Con que lo sabias? ¡Cuán delicado y cuán fino te muestras conmigo!

—¿Por qué?

—¿Por qué finjes no comprenderme?... Esta fonda es la misma donde vi por primera vez á mi Carlos... ¡Oh! ¡Soy muy dichosa!...

—¡Rayos y centellas!... ¡Truenos y relámpagos!... Te juro que no lo he hecho á sabiendas; esto es un abuso de confianza: ¡no me aseguraste no haber estado nunca en Baden?

—Tú no me hablaste de Baden, sino de Alemania.

De lo cual deduje que si la tal viuda

tenia buena memoria tiempos de su buen Cárote de geografía.

Plantéme de un salto al dia siguiente me ape

No la he vuelto á ver señores, el fin de mi ar

¡Oh! ¡Id á fiaros de l

Esta relacion fué acajada homérica. D. Tado creciendo por grado dor de su frente con ma

—Un vaso de ponche viudas, dijeron los artistas á la memoria de

—Caballeros, fuera de tinuais así la bebida mnuar; si quereis que sig fuerzas.

—¿No lo hemos de q lo florido de tu discurso al nivel de Monte-Crist

Don Tadeo, adulado guió de esta manera:

Segundo amor.

Empalagado hasta la jó la tal viudita, y sin e menté por eso, puesto de mi inclinacion por pendientes.

En uno de los pisos habitaba vivía una jóven.

Siempre salía sola, y mismo. ¿Dónde pasaba riguarlo valiéndome de

¡Oh fénix de los fén de padre y madre; no la vigilara, ni lazos qu bre como la gacelal todo!

Es decir, distingo.

Era libre porque n pero como en este p que hacer frente á las sidades de la vida, se da á ejercer las func

x-rite

mm

colorchecker CLASSIC